GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO,

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

CATÁLOGO *de las comedias que contiene esta Galeria.*

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
Un tercero en discordia.
Un novio para la niña.
Otro diablo predicador.
Me voy de Madrid.
La redaccion de un periódico.
Las improvisaciones.
Una de tantas.
Muérete y verás.
El amigo mártir.
Todo es farsa en este mundo.
D. Fernando el emplazado.
Medidas estraordinarias.
El poeta y la beneficiada.
Ella es él.
El pró y el contra.
El hombre gordo.
Flaquezas ministeriales.
El hombre pacífico.
El qué dirán.
Un dia de campo.
El novio y el concierto.
No ganamos para sustos.
Bellido Dolfos.
¡Una vieja!
Ll pelo de la dehesa.
Lances de carnaval.
Pruebas de amor conyugal.
El cuarto de hora.
La ponchada.
El plan de un drama.
Dios los cria y ellos se juntan.
Cuentas atrasadas.
Mi secretario y yo.
¡Qué hombre tan amable!
Los hijos de Eduardo.
Engañar con la verdad.
Los primeros amores.
A la zorra candilazo.
El amante prestado.
Un pasco á Bedlan.
Mi tio el jorobado.
La familia del boticario.
El segundo año.
La loca fingida.
No mas muchachos.
Mi empleo y mi muger.
La primera leccion de amor.
Lo vivo y lo pintado.
La pluma prodigiosa.
La Batelera de Pasages.
La mansion del crimen.
La escuela de las casadas.
El Editor responsable.
¡Estaba de Dios!
Blanca de Borbon.
Carlos II el hechizado.
Rosmunda.
D. Alvaro de Luna.
El Entremetido.
Un novio á pedir de boca.
Un frances en Cartagena.
Por no decir la verdad.
Rodrigo.
Carlos V en Ajofrin.
Cuidado con las novias.
Un monarca y su privado.
El dia mas feliz de la vida.
El vigilante.
La escuela de los viejos.
El vaso de agua.
Un casamiento sin amor.
Matilde.
D. Trifon.
Masaniello.
Atrás!
Guzman el bueno.
El amigo en candelero
El Trovador.
El page.
El rey monje.
Magdalena.
El bastardo.
Samuel.
Dandolo.
El encubierto de Valencia.
Batilde ó América libre.
Margarita de Borgoña.
La pandilla.
D. Juan de Marana.
Calígula.
Zaida.
Juan de Suavia.
El caballero leal.
El premio del vencedor.
Gabriel.
Las bodas de Doña Sancha.
Los amantes de Teruel.
Doña Mencia.
La redoma encantada.
La visionaria.
Los polvos de la madre Celestina.
El amo criado.
Ernesto.
El barbero de Sevilla.
Alfonso el Casto.
Primero yo.
El abuelito.
El Bachiller Mendárias.
Macias.
No mas mostrador.
Roberto Dillon.
Felipe.
Un desafio.
Arte de conspirar.
Partir á tiempo.
Tu amor ó la muerte.
D. Juan de Austria.
D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
Tanto vales cuanto tienes.
Solaces de un prisionero.
La morisca de Alajuár.
El crisol de la lealtad.
Finezas contra desvios.
Guillermo Tell.
El gran capitan.
El desengaño en un sueño.
Mas vale llegar á tiempo.
Ganar perdiendo.
Cada cual con su razon.
Lealtad de una muger.
El zapatero y el rey 1.ª par
Apoteosis de Calderon.
El zapatero y el rey, 2.ª par
El eco del torrente.
Los dos vireyes.
La corte del Buen-Retiro.
Bárbara Blomberg.
D. Jaime el conquistador.
Higuamota.
La aurora de Colon.
El conde D Julian.
Cerdan, justicia de Aragon
Contigo pan y cebolla.
Tal para cual.
Las costumbres de antaño.
El jugador.
Del mal el menos.
Toros y cañas.
Quien mas pone pierde mas
Rivera.
El rigor de las desdichas.
Las simpatías.
El diablo cojuelo.
Las ventas de Cárdenas.
Dos validos.
La tumba salvada.
El Tasso.
Acertar errando.
Hacerse amar con peluca.
Shakespeare enamorado.
Máscara reconciliadora.
El testamento.
El gastrónomo sin dinero.
Miguel y Cristina.
La vuelta de Estanislao.
Las capas.
Un ministro!!!
Quiero ser cómico.
El ambicioso.
Marino Faliero.
El marido de mi muger.
Jacobo II.
El rey se divierte.
La muger de un artista.
La segunda dama duende.
Un alma de artista.
Una ausencia.
Mateo.
Amor de madre.
El honor español.
La sociedad de los trece.
Los perros del monte d
Bernardo.
El héroe por fuerza.
Bruno el tejedor.
De un apuro otro mayor.
Empeños de una venganz
¡Es un bandido!

ALFREDO DE LARA.

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. Ignacio Garcia Lovera.



MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

Junio de 1847.



Acto primero.



Sala lujosamente amueblada; puerta al fondo y lateral; á la izquierda una mesa con un reló.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA.

(*Sentada junto á una mesa con un papel en la mano.*)

Cuando las horas solitarias pasan
y el alma llena de inquietud y amores,
que con recuerdos nuestra vida abrasan,
espinas halla do soñaba flores;
bello es mirar del hombre que se adora
una memoria, que la mente llena,
y saber que al dolor que nos devora
responde su dolor, su amarga pena.
El padece tambien: llena de fuego
en dulces versos lo dirá su lira,
y yo embriagada en mi delirio ciego,
yo soy el númen que su mente inspira.

(*Lee.*)

Alienta siempre; el corazon amante
late triste en la ausencia,
mas burlará nuestra pasion constante
la bárbara inclemencia

con que al destino aprisionarnos plugo.
Si traidora amenaza mi cabeza
el hacha del verdugo,
si proscrito y sin paz manchan mi frente
con el sello fatal de los traidores,
tú con tu hermoso corazon ardiente,
tú me bendecirás, angel de amores.
Alienta, hermosa mia,
que ha de lucir al cabo rutilante,
magnífica y triunfante
una hora de placer para Maria,
y otra hora de placer para su amante.
Deja que el universo eterno muro
levante á nuestro amor... rendirlo puedo:
que en tu pasion seguro
nada á los hombres de tu amor les cedo,
y si soy para el mundo el pobre Arturo,
siempre soy para tí tu amante Alfredo.

(*Habla.*)

Siempre el mismo, siempre igual.
Su amoroso corazon
tiene algo de celestial
cuando mitiga mi mal
al compás de su cancion.
Y á tí olvidarte? mentira,
que aunque mi pecho destrozo,
mi pecho á estrecharte aspira;
y si mi mente delira...
con estos delirios gozo.
Y tener ¡ay! que sufrir
de mi madre en la presencia
por no poderle decir:
si con él no he de vivir,
yo maldigo la existencia.
Mas suspende tus rigores,
inhumana suerte impía,
haz que cesen mis dolores
ó en brazos de mis amores,
ó en tus brazos, madre mia.

(*Viendo entrar á la marquesa.*)

ESCENA II.

MARÍA. LA MARQUESA.

MARQ. Si, siempre aqui; desecha de tu mente
ese mágico mundo de ilusiones.
MARIA. No, en él se ensancha el corazon ardiente
y el eterno volcan de mis pasiones.
MARQ. Qué pasiones?...
MARIA. Si viérais cómo pasan
enmedio de la noche silenciosa
vagos fantasmas que mi pecho abrasan
cuando mi pecho en la quietud reposa,
dulce os fuera tambien gozar la vida
en ese hermoso mar de sensaciones;
pues yo en mi verde juventud florida
odio la realidad, quiero ilusiones.
Alli se goza: sin hallar abrojos
el mundo sus placeres nos presenta,
y al penetrar en él...
MARQ. Mas á tus ojos
la realidad magnífica se ostenta.
No eres tú por ventura, mi María,
la que enmedio de espléndidos salones
ostenta la mas rica pedrería
recamada en castillos y leones?
No envidian todos al galan donoso
que ante tus plantas sus amores jura,
y que la mano te dará de esposo
ardiendo en llama de constancia pura?
MARIA. Y qué son esas galas y esa gloria?
qué la ambicion del engañoso mundo,
si no pueden robar de mi memoria
un recuerdo de amor vivo y profundo?
MARQ. Y asi te atreves á oponerte ciega
á mi alta voluntad que no revoco?
Asi una niña con sus padres juega
y tiene, necia, su poder en poco?
Qué me respondes, di?
MARIA. Callarme debo;
pues necia me llamásteis, madre mia,
y á levantar los ojos no me atrevo.

MARQ. Sí, que á veces tu mente desvaría.
MARIA. No lo penseis jamas, no es la quimera
que forja un niño en sus primeros años
cuando llega á su fértil primavera
sin tocar en la hiel de desengaños.
Es una aguda voz que tristemente
me dice que ese amor mis penas labra,
y que de Enrique á la pasion ardiente
jamas mi triste corazon se abra.
MARQ. Esa voz es un sueño que te agita,
y pronto pasará cual humo leve;
á veces esa voz te precipita
y no tu pecho, que tus labios mueve.
Cese pues tu dolor: el mundo hermoso
placeres mil ofrecerá á tu planta
cuando en los brazos de tu tierno esposo
amor le jures junto al ara santa.
Pronto debe venir...

ESCENA III.

DICHAS. LUISA.

LUISA. Ahí han llegado
á visitaros...
MARQ. Bien, voy al momento.
No sé con qué pagar me fuera dado
que obedecieras hoy mi mandamiento.
Aquí te dejo pues tu confidenta,
(*A Luisa.*)
y has de adornarla como flor galana,
(*A María.*)
que ese bien que mi espíritu alimenta
tal vez, hermosa, lucirá mañana. (*Vase.*)

ESCENA IV.

MARÍA. LUISA.

MARIA. Tal vez mañana, Luisa!
LUISA. Siempre llorando, señora?
Siempre esa pena traidora

quien un porvenir divisa
de ilusion encantadora?

MARIA. Un porvenir celestial
cuando mi esperanza ha muerto,
cuando es mi sino fatal?
O dime, Luisa, que es cierto,
ó no acrecientes mi mal.

LUISA. Y tan cierto como es.
Ese Arturo que os adora
hoy estará á vuestros pies.

MARIA. Y cuándo?

LUISA. Dentro de una hora.

MARIA. Dentro de una hora? y despues?

LUISA. Despues... no puedo decir
á fé lo que pasará...
pero... os miro sonreir:
aqui el amante vendrá
y ya no querreis morir.

MARIA. Pero cómo puede ser?
Es ilusion engañosa
que alienta mi padecer?

LUISA. Al veros triste y llorosa
qué no hiciera esta muger?
Facil me fue á la verdad
el daros esa esperanza
de inmensa felicidad.
Una muger, qué no alcanza
cuando tiene voluntad?
Hay allá dentro un parage
donde vuestra madre quiere
pintar un bello paisage
con un hermoso celage
y cosas mil que refiere.
Me hizo mandar á llamar
un pintor: yo me acordé
que Arturo sabe pintar,
á Arturo llamar mandé
y pronto debe llegar.
Una carta le escribí
donde tan solo decia:
si quereis ver á María,
haced lo que os dice aqui

quien quiere vuestra alegría.
Pero luego calculé:
dije: la firma le escondo
y el que dude lograré,
por lo tanto escribiré
mi firma, y punto redondo.
Y qué os parece mi plan?
No es verdad que soy muy lista?
Asi juntos estarán
y á veros juntos vendrán
el amante y el artista.

MARIA. Pues no ha calculado nada
tu ingenioso pensamiento;
que llega en hora menguada
me dice la voz sagrada
de un fatal presentimiento.

LUISA. Presentimientos qué son?
Si esos no existen, señora.

MARIA. Sí, nacen del corazon,
y con sú fuerza traidora
asesinan la razon.
No sabes que hay un secreto
que va de Arturo en seguida,
que yo misma lo respeto,
porque á él va siempre sujeto
su amor, su honor y su vida?

LUISA. Con que es inútil mi intento?
Formé un castillo en el viento
y el viento lo arrebató?
Dejad ese pensamiento
y haced lo que os digo yo.
Si siempre vais á augurar
esos males tan perversos,
os tendreis que acomodar
la vida entera á pasar
con simples cartas y versos.
Y á fé que es muy triste paso
mirarse por un balcon,
señalarse al corazon
dando un suspiro, si acaso,
que haga á las penas traicion.
Y siempre saldrá triunfante,

pues que estoy yo por delante
y de él haré mi conquista:
para vos será el amante,
para mí solo el artista.
Con que si os quereis vestir
os pondré como ninguna;
aunque hay pronto que salir,
porque... ya ha dado la una
(*Mirando el reló.*)
y era la hora de venir!
Estará desesperado.
Y estais sin vestiros vos?

MARIA. No tengas, Luisa, cuidado,
él es pobre y desgraciado;
seremos pobres los dos.

LUISA. Eso me gusta á fé mia:
veros siempre en alegría
con valor, que el tiempo vuela...
ya vereis, señora mia,
si hago yo buen centinela.
Con que... nada hay que temer,
aqui le traigo al momento,
que no hay tiempo que perder,
y muera el presentimiento
y viva solo el placer.
Vague el pensamiento loco;
vais á ver á vuestro amante
y mis dichos no revoco;
con que...

MARIA. Escúchame un instante.

LUISA. Señora, si oigo muy poco. (*Vase*)

ESCENA V.

MARÍA.

Vuela, es verdad; el corazon lo pide
por mas que lo condene el pensamiento,
y arrebatado la distancia mide
que lo separa ¡ay Dios! de mi aposento.
Padres tenaces con sin par porfia
quieren venderme al oro de un tirano;

mas no será, porque jamas María
al vil Enrique entregará su mano.
Quién me puede obligar á que le adore
cuando á mi Alfredo el corazon le diera?
quién me puede impedir que ausente llore
cuando arde el alma en su pasion primera?
Nadie en el mundo! pero quién me ofrece
un gran poder que su poder resista?
quién mis penas horribles desvanece?

ALF. (*Desde el fondo.*)
Tal vez, señora, el miserable artista.

ESCENA VI.

MARÍA, ALFREDO.

(*A Luisa de vez en cuando se la verá pasar por la puerta del fondo en observacion.*)

MARIA. Alfredo!!
ALF. Mi María!!
MARIA. Venturosos
momentos dulces de felice gloria.
ALF. Instantes que aunque vuelen presurosos
eternos vivirán en mi memoria.
MARIA. Acércate á mi mas, deja que mire
el ardor de tus ojos que me arroba.
ALF. Deja tambien que en mi placer suspire,
ya que no es ilusion que el tiempo roba.
MARIA. Al fin te hallé! pero silencio, pueden
sorprendernos tal vez... (*Yendo al fondo.*)
LUISA. Vana cautela.
Siempre los ojos importunos ceden
ante la vista audaz del centinela.
MARIA. Y bien, mi Alfredo, en las fatales horas
que tristes resbalaron en la ausencia,
no tuviste ilusiones seductoras
que fueran á embriagarte en tu existencia?
No me vistes á mí? Tú no pensabas
en el eterno amor de tu María,
ó tal vez en tu mente acariciabas
pensamientos traidores de falsía?

Habla por Dios: que escuche de tus voces
encantadas de amor el dulce acento;
si mi delirio y mi pasion conoces
no aumentes por piedad mi sufrimiento.
ALF. Y tú dudas de mí? Duda si acaso
del esplendente sol que el cielo baña,
duda que al fin se ocultará en ocaso
y de la nube que su disco empaña.
No conoces mi amor? duda primero
de tu fiel corazon que me enamora,
duda tambien del universo entero,
y no dudes jamas del que te adora.
Cuando ausente de ti tristes pasaban
unos tras otros los cansados dias,
que mis penas terribles aumentaban,
siempre mis pensamientos presidias.
Uno tan solo dominó en mi mente
que pudiera vencer á mis amores,
y siempre fijo, y á mi honor presente
fue eterno manantial de mis dolores.
Tú lo sabes cuál es: allá lejana
la tierra del Perú se alza orgullosa,
y allí tambien en mi niñez temprana
vi la faz de una guerra desastrosa.
Mi padre en ella defendió el derecho
de un pueblo que cadenas arrastrara,
y combatiendo, con su libre pecho
libertad al esclavo proclamara.
Yo tambien nací libre, despreciando
los opresores que el poder ensancha,
y siempre en esa libertad pensando
aliento un libre corazon sin mancha.
Mas mi padre sus bienes, sus riquezas
vió confiscarse por traidores viles
que han de pagar tan bárbaras proezas
arrastrando á mis pies como reptiles.
Y el tuyo, que aristócrata orgulloso
en derredor del trono se pasea,
el señor de la corte poderoso
que en mil castillos su pendon ondea,
pudiera consentir el que á un villano
que se arrastra olvidado entre la tierra

su hija entregase su preciosa mano...
ese es el pensamiento que me aterra.

MARIA. Y qué importa que un padre nos imponga
lo que juzgan deber sus opiniones?
Quién hay que un muro omnipotente oponga
al agitado mar de las pasiones?
Esos grandes, hermosos pensamientos
los alienta tambien el alma mia,
esos nobles y heróicos sentimientos
llegan al corazon de tu María.
Qué nos importa el mundo? nos amamos,
y en este amor que nuestras dichas hace
solo un inmenso porvenir miramos:
el porvenir de nuestro ansiado enlace.
Juntos entonces, para siempre unidos
por sacrosantos y amorosos lazos,
no serán goces de placer mentidos
soñar tenerte en mis amantes brazos.
Dime tú que es verdad, que no es un sueño
ese mundo de amor, do amor me lanza,
que no es un dulce celestial beleño
que adormece mi gloria y mi esperanza.

ALF. No, no es un sueño; el porvenir parece
lleno de luz ante los ojos mios;
si sangre el conquistarlo nos ofrece,
corra la sangre en anchurosos rios.
Mas tú debes brillar en otra esfera
y entre galas, riquezas y entre honores,
y no mirar tu verde primavera
llena conmigo de inquietud y horrores.
No sabes que las horas se pasaran
sumergidos nosotros en pobreza,
que si mi nombre á descubrir llegaran
rodara en el cadalso mi cabeza?
No sabes tú que se levanta un muro
entre los dos, que combatir no puedo?
Ser para el mundo el miserable Arturo,
y solo para tí tu amante Alfredo!

MARIA. Bien, para tí seré tu patria hermosa,
tus amigos, tus bienes, tus honores,
y tus deudos tambien, tambien tu esposa,
porque alcanzan á todo mis amores.

Si tu cabeza la fortuna impia
quiere que caiga al hacha del verdugo,
con la tuya tambien caerá la mia
ya que á otra suerte venturosa plugo.
Pero no, no será; que adonde vaya
mi amante esposo juntos estaremos,
á ti enlazada cual la yedra al haya
el triste porvenir arrostraremos.
Un rincon de los hombres ignorado,
una choza mezquina de pastores,
do quiera que te encuentres á mi lado
será el templo mejor de mis amores.

ALF. Hermosa y pura y sin igual María,
cuál mi mente enagenan tus palabras!
Tú haces nadar el alma en alegría
y mi ventura y mis delicias labras.
Deja que estreche tu celeste mano,
deja que mire tus hermosos ojos
para olvidar de mi destino insano
el camino fatal lleno de abrojos.
Quieres conmigo huir? Si un bien profundo,
si un placer eternal conmigo hallas,
quieres venirte á recorrer el mundo?

MARIA. Siempre te seguiré do quier que vayas.

ALF. Pues bien, mañana...

LUISA. (*Entrando.*) Vuestra madre.

ALF. Cielo!

MARIA. Qué hacer? Oh Dios! ocúltate á su vista.

LUISA. No hay tiempo que perder.

ALF. Cese el desvelo.
Soy solo Arturo, el miserable artista.
(*Retirándose al fondo.*)

ESCENA VII.

MARÍA. LUISA. ALFREDO. LA MARQUESA.

MARQ. Aun te encuentro sin vestir
en horas de tal ventura!
Cuando ha llegado en la altura
tu caro padre á lucir!
Acaba en este momento
de recibir ¡oh delicias!

entre mis tiernas caricias
de ministro el nombramiento.
ALF. (El ministro ¡vive Dios!
mis males se aumentarán.)
MARQ. Y honores mil le darán
de ese ministerio en pos.
Porque mucho se merece
el que noble sangre abona,
y al lado de la corona
siempre protector se ofrece.
Así enlazará á su nombre
y á su encumbrada nobleza
quién sabe si la grandeza...
pero quién es este hombre?
(*Reparando en Alfredo.*)
LUISA. Vos lo mandásteis llamar:
es el artista, señora...
ALF. Que ansiaba llegara la hora
de poderos saludar.
Y aprovecho la ocasion
de daros, y yo el primero,
la enhorabuena, sincero,
que me llega al corazon.
Á vos dárosla podrá, (*A María.*)
aun mas que mis sentimientos...
MARQ. Son bajos sus pensamientos;
tal vez no se alegrará.
MARIA. No digais eso por Dios.
Yo no alegrarme?
MARQ. Sí á fé,
mas otra cosa diré
que no pensamos las dos.
Y es necesario pensar...
por eso te lo prevengo...
señor... al momento vengo
si me quereis esperar.
Mas marchaos á la antesala;
pues aunque al artista aprecio
y al pobre nunca desprecio,
jamas lo admito en mi sala.
ALF. Cuestion es esa que ofrece...
(*Se detiene á una mirada de María.*)

mas la cuestion dejaré,
que al cabo, señora, sé
que siempre el pobre perece.
Mucho os pudiera decir
de la gloria de un artista,
pero vale el que no insista...
tal vez nuestro porvenir. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, *menos* ALFREDO.

(*Luisa arregla los muebles de la habitacion, entra y sale en la de la derecha.*)

MARQ. Que siempre su alta cerviz
levante el pobre orgulloso!
Mas triste y menesteroso,
harto tiene el infeliz.
MARIA. Vos le humillásteis.
MARQ. Querias
tal vez que aqui se quedase?
que un artista se enterase
de cosas tan solo mias?
Mas poco nos interesa
el dejar esa cuestion:
hablemos pues en razon
de mas difícil empresa.
Sabes á quién se le debe
del alto rey la memoria?
Sabes por qué tanta gloria
sobre nosotros hoy llueve?
Pues ese Enrique en verdá
que llamas... ¡cosas de niña!
esa inmunda ave rapiña
un ministerio nos da.
MARIA. Algun otro pensamiento
abrigará en su interior;
quien es mezquino y traidor
no tiene un buen sentimiento.
Y quizás le moverá
algun interes...

MARQ. Es claro,
y por eso con descaro
un ministerio nos da.
Te lo digo una vez solo,
y es preciso que me entiendas:
acábense las contiendas,
ó á mi voluntad te inmolo.

MARIA. Y yo os dije ya, señora,
que buscais un imposible;
me es ese hombre aborrecible,
y el que aborrece no adora.
Jamas á Enrique amaré:
esa es mi resolucion,
mientras viva el corazon
siempre asi lo sostendré.

MARQ. No causa estrañeza oirlo;
mas yo haré tenerlo en cuenta;
conjuraré esa tormenta
y te pesará el decirlo.
Que eterna será á fé mia
te lo juro esta promesa,
y...

ESCENA IX.

DICHOS. ENRIQUE.

ENR. Saludo á la marquesa
y á la graciosa María.

MARQ. Y aprecian ambas á dos
saludo que vale...

ENR. Sí?...

MARQ. Sabeis que nunca mentí.

MARIA. (Aun hay mas males, oh Dios!)

MARQ. (*Con intencion.*)
Al jóven que he de mirar
enlazado con María
me encuentro obligada hoy dia,
las gracias tengo que dar.

ENR. A mí, señora? Esa es buena;
no sé por qué las dareis,
pero antes permitireis
que yo os dé la enhorabuena.

MARQ. Y la aprecio en lo que vale,
y prometo y aseguro
(Señalando á María.)
que yo daros otra auguro
si no mayor, que la iguale.
ENR. Es mayor por vida mia.
Mas por qué asi retirada?
se encuentra acaso enojada
la encantadora María?
MARIA. No lo penseis.
MARQ. Es quimera.
Enojada dónde estais?
ENR. Mas por qué el rostro apartais?
MARQ. Una niñada cualquiera.
En un mundo de ilusiones
sabeis que pasa su vida,
alli se encuentra perdida
y aqui la traen las pasiones.
Mas volviendo á lo que os dije,
(me está la sangre abrasando)
se ha hecho ya cargo del mando
el hombre que el rey elige?
ENR. A palacio lo llevé,
despues el rey lo llamó,
en su cámara lo entró,
y alli con él lo dejé.
MARIA. (Qué padecer tan profundo,
Dios justo, cuánto sufrir!)
MARQ. Será muy dulce el vivir
en ese agitado mundo?
(Mirando siempre á María.)
ENR. Es la costumbre, cualquiera
tal vez se volviera loco;
á mí me importa muy poco
el alcanzar la cartera.
Cuando en América estaba
ambicionaba llegar
un alto puesto á ocupar;
de veras lo deseaba.
Despues que me vine aqui
pisando al pueblo altanero
yo soy en dar, el primero,

lo que es poco para mí.
No falta un mezquino, un necio
que me llame adulador,
epíteto encantador
que tanto como á él desprecio.
La corte hoy llora sus penas
porque los libres se encienden,
y de los negros pretenden
romper las duras cadenas.
Hombres como el vuestro son
los que ahora el rey ambiciona,
pues cerca de la corona
faltaba un gran corazon.
Y era preciso tambien
que fuese hombre de talento
para que aplacase el viento
que trae la corte en vaiven.
Y ese que tanto atesora
era facil encontrar?
Tan solo se pudo hallar
en vuestro esposo, señora.

MARIA. (Qué insolente adulacion!
qué pensamientos tan bajos!)

(*Luisa pasa al lado de María y le habla.*)

ENR. Y aunque siempre mis trabajos
algo en la balanza son,
á sus cualidades bellas
estad solo agradecida;
la victoria conseguida
fue porque ayudaban ellas.

MARQ. Mas resulta que á vos es
á quien tengo que rendir...

MARIA. Quereis me vaya á vestir
y aqui me venga despues?

ENR. Asi quereis iros ya?

MARQ. No, reacia fuiste, María;
(*Pasa á su lado, y aparte.*)
aqui le harás compañía,
y cuenta cómo se está.
Yo olvidaré mis agravios
si le esplicas tu pasion;
si hay luto en el corazon

que esté la risa en los labios.

MARIA. Se la prometo esplicar,
(y lo haré por vida mia.)

MARQ. Ahí os dejo con María,
pues me tengo que marchar.

ENR. Tan alto honor?...

MARQ. (*A Luisa.*) Y tú, ven:
(*A Enrique.*)
escuchadla, que es sincera.

LUISA. Sabeis que el artista espera?

MARQ. Esperando está muy bien.
(*Salen por la puerta lateral.*)

ESCENA X.

MARÍA. ENRIQUE.

(*A Alfredo se le verá pasar alguna vez por la puerta del fondo.*)

ENR. (No sé cómo entrar hablando;
si le digo mi pasion...)

MARIA. (Ensánchate, corazon;
Alfredo estará escuchando.)

ENR. (Es necesario entrar bien,
pues es negocio la chica.)

MARIA. (Oye tú cómo se esplica,
y escúchame á mí tambien.)

ENR. Solos estamos los dos.

MARIA. Solos estamos á fé.

ENR. Sabeis lo que yo pensé?

MARIA. Pienso... lo mismo que vos.

ENR. Lo mismo que yo pensais?

MARIA. Os lo dije...

ENR. Y es verdá?
Algo tal vez bajará...

MARIA. Quizás os equivocais.

ENR. Sabeis que en vos pienso yo?

MARIA. Y yo tambien... pienso... en mí.

ENR. Ah! Me engañásteis.

MARIA. Creí
que os equivocásteis... no.

ENR. Graciosa estais por demas.
MARIA. Sí, yo aprendí...
ENR. En mi escuela?
Basta ya pues de cautela?
MARIA. Basta pues, no se hable mas.
ENR. Cualquiera, bella María,
que hablarnos asi escuchara,
que es una burla pensara.
MARIA. Sí, cualquiera lo creeria.
Y yo estraño á la verdá
que vos seais quien lo diga.
ENR. Me dais la mano de amiga?
MARIA. Caballero!!
ENR. Bien está.
Anduve errado por Dios
en hablaros de ese modo.
MARIA. Sabeis que me estorba todo
cuanto dependa de vos.
Con que escusado es tambien,
para quien no ha de escucharos,
que tengais que fatigaros
con venir á hablarme bien.
ENR. No es ese tono, á fé mia,
el que ha de esparcir las flores
en los risueños amores
de la hechicera María.
Hablemos pues con cordura:
vos la dama de la corte
primera por su alto porte,
primera por su hermosura.
Vos la sultana envidiada
del bello Eden español,
que eclipsais la luz del sol
con una dulce mirada.
Vos que brillais cual ninguna,
y á quien mil y mil hermosas
hacen subir presurosas
hasta el trono de la luna.
No me debeis adorar
á mi que soy el primero?
No debiais?...
MARIA. Caballero,

no empeceis á delirar.
Si en la corte os hallais bien,
y el rey tal vez os aprecia,
el pueblo entero os desprecia,
y yo os desprecio tambien.
Qué es lo que lograis hacer?
Venderse al oro villano,
tender al pueblo la mano
para dejarlo caer.
Si empleos proporcionais,
ser servil es vuestra ley,
y ante las plantas del rey
cortesano os arrastrais.
Es eso ser caballero?
No sé cómo os pude oir
cuando me osásteis decir:
«soy en la corte el primero.»
Quién sois vos?

ENR. Dejadme á mí.
Sabed que tengo que hablaros,
y si ahora pude escucharos
otra vez no será asi.
Vuestros insultos á mas
si ahora son solo rencores,
al cabo serán amores...
No pensais asi?

MARIA. Jamas!

ENR. Que no hay quien los dichos tuerza
de vuestro padre sabeis,
y es preciso que me ameis
sino por grado, por fuerza.
Yo á ministro lo elevé...
con adulacion mentida...
mas es deuda contraida,
y os juro que cobraré.
Vos me llegareis á amar,
porque...

MARIA. (Mi frente se abrasa.)
Creeis que pronto se pasa
de aborrecer á adorar?
Dentro de mi pecho late
un ardiente corazon

abrasado en la pasion
que vuestra fuerza no abate.
Hay un hombre á quien adoro:
yo lo amaré eternamente
por mas que el mundo inclemente
se oponga á mi amargo lloro.
Poder solo tiene Dios
para que olvide al que quiero...
ni aun el universo entero...
y pensais tenerlo vos!!
Nació del pueblo, y lo adora
el pueblo y la aristocracia,
pues no usa la diplomacia
de vuestra farsa traidora.
Y hay otra gran diferencia,
pues tengo en mi sentimiento
para vos... ni un pensamiento,
pero para él... mi existencia.
Ya sabeis...

ENR. Viven los cielos
que harto tiempo os escuché,
y al cabo me devoré
en la pasion de los celos!
No escucharme veces mil?
Negarme despues la mano
quien tal vez ama á un villano
de negra sangre servil?
Vos darle una preferencia
mi orgullo pisando altiva?
Mas antes que la reciba
dictaré vuestra sentencia.
(*La coge por el brazo.*)
A mi me tendreis que amar
por mas que haya de pesaros,
y aunque tenga que llevaros
arrastrando hasta el altar.
O hay amores para mi,
ó ese hombre perecerá.

MARIA. Os juro que no será
antes...

ENR. Yo os juro que si.
Pues jamas olvidaré

que guardais un sentimiento...

MARIA. Soltadme en este momento,
ú os digo...

ENR. No soltaré,
que habeis de jurarme amores
ante mis plantas rendida.

ALF. (*Saliendo.*)
Accion es esa cumplida
de vándalos y traidores.

ESCENA XI.

DICHOS. ALFREDO.

MARIA. Arturo!

ENR. Quién sois vos?

ALF. (*Cogiéndole por el brazo.*) Hablais en vano.

ENR. A mí osais atentar?

ALF. (*Le hace soltar.*) Por vida mia
que os hago polvo entre mi fuerte mano,
ó perdon suplicais ante María.

ENR. Yo perdon? Vive Dios!

ALF. Tened la lengua.

MARIA. Sosiega por piedad.

ALF. Harto he callado.
Alli escondido para eterna mengua
harto tiempo por Dios os he escuchado.
De rodillas al punto, miserable,
(*Le hace arrodillar por fuerza.*)
humíllate ante mí como quien eres;
pues es hombre mezquino y despreciable
quien se atreve á atentar contra mugeres.
Ahora pedid perdon, ahora es preciso...

MARIA. Yo le perdono, Arturo, su osadía.

ENR. Qué vergüenza ¡oh furor!

ALF. (*Lo deja.*) Y yo no os piso,
pues sois... muy poco á la venganza mia.

ENR. (*Levantándose.*)
Asesino traidor, sois un villano,
sois un mendigo ruin!!

ALF. Mal caballero,
ya probásteis la fuerza de mi mano,

y ahora habeis de probar la de mi acero.

ENR. Yo contigo medir mi noble espada?
Quién eres tú, infeliz?

ALF. Soy solo un hombre,
que ha nacido del polvo de la nada,
y Arturo Perez recibió por nombre.
Soy ademas...

ENR. Me admira tu altiveza.
Y ahora conmigo compararte quieres?
Batirse ¡vive Dios! fuera bajeza
don Enrique Giron y Arturo Perez.

ALF. Vos Enrique Giron!!

ENR. Ese es mi nombre.

ALF. No sabeis cuánto hablaros deseara,
y ahora os debo decir, sin que os asombre,
que nunca pude veros cara á cara.
Vos sois aquel que en el Perú en un dia
á una niña engañó, pura, inocente,
turbando de sus padres la alegría,
y alzando el deshonor hasta su frente?
Decidme dónde está, decid qué es de ella,
al momento decid... ó vive el cielo
que ha de lucir la funeraria estrella
que arrebate un traidor á nuestro suelo!
No respondeis?...

ENR. Me cansa ya el miraros;
he probado bastante mi paciencia,
y os hice un gran favor con escucharos.
(*Hace ademan de marcharse.*)

ALF. (*Deteniéndole.*)
Antes me pagareis con la existencia.
Si vuestra voz á levantarse osara,
si una seña no mas la mano hiciera,
á mis plantas la boca se pisara,
y cortada esa mano se cayera.
Hablemos de morir, la sangre corra,
y ya sabreis entonces...

ENR. Mas primero
vé y esa mancha de plebeyo borra...
antes... no puedo desnudar mi acero.

ALF. Bien! ya que nada son para rendiros
ni el ser un español, ni el ser un hombre,

sabedlo de una vez, vais á batiros
con Alfredo de Lara... ese es mi nombre.

ENR. Un Lara sois!

MARIA. Alfredo desgraciado!
Enrique, por piedad!...

ENR. (*Sonriendo con triunfo.*) Es su sentencia.

ALF. Y mi padre, gran Dios!

MARIA. Desventurado!

ALF. Vamos pues á arrancarnos la existencia.
Vos engañásteis mi inocente hermana,
pisásteis su virtud y su decoro,
postró á mi padre vuestra accion villana
y ansiais robarme la muger que adoro!
Pensando en mis venganzas he pasado
noches enteras de eternal vigilia;
y al fin he visto ante mis pies postrado
á vos, verdugo vil de mi familia!
No cabemos pues ya: me falta el viento
donde os encuentre á vos.

MARIA. Alfredo mio!

ALF. Salgamos pues, no tarde ni un momento
mi venganza: venid.

ENR. Qué desvarío!
Si al decir vuestro nombre, en el cadalso
rodará esa cabeza ensangrentada;
si vos oculto, fugitivo y falso,
teneis vuestra existencia pregonada,
me espondré yo tal vez á que la suerte
luzca un momento á vos mas favorable,
vos... condenado á prematura muerte,
yo... con un porvenir harto envidiable?
No lo penseis jamas.

ALF. Y si sediento
de vuestra sangre que mi pecho ansía
luciera para vos en el momento
la hora fatal de bárbara agonía?
Mas hablad de mi hermana, contestadme,
decidme dónde está.

ENR. Lloradla, ha muerto.

ALF. Carolina infeliz!

MARIA. Mas esplicadme...

ALF. No hay nada que esplicar, mi mal es cierto.

Vamos pues: necesito tres venganzas:
la de un padre, una hermana y mi María,
porque esas son las solas esperanzas
que fortalecen la existencia mia.
Libre soy, es verdad, proscrito, errante,
aqui me arrastro como flor perdida,
mas siempre un pensamiento dominante
me hace orgulloso apetecer la vida.
Ese... es vengarme, y cuando yo os devore,
cuando pueda olvidarlo mi memoria,
aunque mi tierno corazon lo llore,
subiré hasta el patíbulo con gloria.

MARIA. Enrique, por favor.

ENR. (*Bajo á Alfredo.*) Sois un valiente
y con otro valor quiero pagaros:
id esta noche de mi casa enfrente
y alli á las doce bajaré á buscaros.
Nos iremos cual nobles caballeros
á batirnos los dos sin acechanzas,
y al desnudar entrambos los aceros
á Dios se encargarán nuestras venganzas.
Admitis?

ALF. Con placer.

ENR. Dadme la mano.

ALF. Reñir hasta morir.

ENR. Hasta la muerte.

MARIA. (Al fin se aplaca mi destino insano,
al fin me tiene compasion la suerte.)
(*A Enrique.*)
Y cuánto ¡ay Dios! que agradeceros tengo!
Mis palabras creed, pues soy sincera.

ENR. (*Siempre bajo á Alfredo.*)
No falteis á la cita, os lo prevengo.

ALF. Antes faltará el sol en su carrera.
Quedad con Dios; mas tengo que deciros
que se ausente de aqui tambien María.

ENR. (*Sonriendo.*)
Cuando querais, señora, podreis iros.
(No te tardes por Dios, venganza mia.)

ALF. A la noche... (*Bajo.*)

ENR. (*Id.*) Marchad.

MARIA. Cruel despedida!

ALF. Queda con Dios.
MARIA. A Dios, á Dios, Alfredo.
ALF. Si oyes acaso que perdí mi vida,
aun hay un mundo donde verte puedo.
(*Sale Alfredo por el fondo, y María por la puerta lateral.*)

ESCENA XII.

ENRIQUE, *con rabia.*

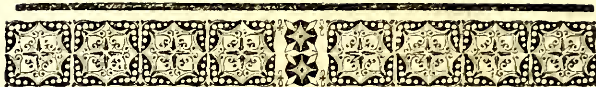
Pronto subirás á él,
objeto de mi venganza;
necio, que me creiste fiel
cuando abrigo solo hiel,
ensánchate en tu esperanza.
(*Llamando.*)
Ricardo! Saldré triunfante,
tú me llorarás perdido...

ESCENA XIII.

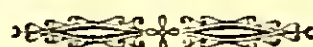
ENRIQUE. RICARDO.

RIC. Qué mandais?
ENR. (*Con precipitacion.*) Corre al instante,
y á ese que de aqui ha salido
síguelo siempre constante.
Tú lo conoces?
RIC. Si á fé,
porque lo vi cuando entró:
constante lo seguiré
y donde vive os diré.
(*Sale Ricardo apresuradamente.*)
ENR. Ya un momento se perdió!!!
Será una accion muy villana,
mas quiso la suerte insana
y al cielo tambien le plugo:
mi puñal mató á tu hermana,
á ti te hundirá el verdugo.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.



Sala pobremente amueblada; puerta al fondo y lateral; una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN DE LARA, *sentado.*

Asi van pasando las horas cansadas
sin un solo instante de grato solaz,
y siempre las mismas, y siempre pesadas
al triste proscrito son horas sin paz.
Sin bienes ni amigos, enfermo y postrado,
sin luz en los ojos, sin luz en el sol,
ni el mundo presenta su eden encantado,
ni ostenta la aurora su limpio arrebol.
Cuán triste es la noche! cuán triste es el dia
que en luces y goces al ciego es igual!
sin un solo instante de dulce alegría
que halague su mente calmando su mal.
Y el grande entre tanto la frente mancilla
de un pueblo que ignora su inmenso poder,
de un pueblo que noble sus fuerzas humilla,
llamado á la gloria, llamado á vencer.
Mas pronto en la hermosa, brillante campaña
el grande orgulloso le irá á suplicar;
porque al levantarse los leones de España
(*Se levanta.*)
con rabia irascible le haremos temblar.

Ay! luzca ese dia, que luzca esa hora,
y yo con el pueblo me iré á combatir:
qué importan los males que cércanme ahora?
Yo quiero en defensa del pueblo morir.
Mas pasa, engañoso, feliz desvarío,
(*Buscando la silla.*)
no vengas la sangre del pobre á inflamar...
Quién entra á turbarme?

ESCENA II.

DON JUAN. ALFREDO.

ALF. (*Dejando el sombrero sobre la mesa.*)
Soy yo, padre mio.
JUAN. Por qué no me vienes al punto á abrazar?
Por qué no me estrechas, Alfredo querido?
Por qué entre mis brazos?...
ALF. (*Abrazándolo.*) Cuán triste es vivir!
JUAN. Qué tienes? acaso la suerte ha querido?...
ALF. Sí, padre, la suerte me obliga á morir.
JUAN. La suerte te obliga? Tu nombre se sabe?
El pueblo abandona tu fiel amistad,
ó el rey por ventura?...
ALF. Dejadme que acabe,
dejad que maldiga la infiel sociedad.
Yo miro cercarme...
JUAN. Qué dices, Alfredo?
mis dudas disipa; refiere por Dios...
ALF. Jamas, padre mio; decirlo no puedo.
JUAN. Pues solos no estamos acaso los dos?
U ocultas á un padre tu fiera fortuna?
O acaso manchaste tu edad juvenil,
y ya perteneces sin gloria ninguna
de nobles inmundos al tráfico vil?
Qué dices á un padre?
ALF. Que cómo ha podido
de un hijo que adora tal cosa pensar?
Tan mal me juzgais?...
JUAN. Alfredo querido,
fue solo un delirio; comiénzame á hablar.

Si verte pudiera, mirara tus ojos,
y el mal que te aqueja pudiera leer...
Cruzamos un mundo tan solo de abrojos,
mas es necesaria la audacia, y vencer.
Ya te oigo...

ALF. Pues bueno, si es fuerza decirlo,
mi historia de amores os voy á contar;
por mas que padezca, y aunque al referirlo
la sangre en mis venas se empiece á inflamar.
Yo adoro á María, la hermosa sultana,
la blanca azucena del suelo español,
mas bella y mas pura que rosa temprana
que estiende sus hojas al rayo del sol.
Su padre es un noble que ostenta orgulloso
castillos y guardias, é inmenso poder,
y quiere á un Enrique traidor y alevoso
por un... ministerio su mano vender.
Pues hoy como artista lograr pude verla,
y á poco ese Enrique llególa á ultrajar,
y quiso á sus plantas tirano vencerla,
y quiso obligarla su amor á escuchar.
Yo entonces rabiando con furia de amores
aqui entre mis manos su brazo estreché,
y dije: asi humillo los bajos traidores,
y siempre rendidos los tengo á mi pie.

JUAN. Bien! Bien, hijo mio! tus glorias aprecio:
mas qué hizo el tirano?

ALF. Ponerse ante mi,
decirme: mendigo, tu furia desprecio,
no puedo, aunque quiera, bajarme hasta ti.
Soy noble, no puede medirse mi acero
sino con aceros de nobles tambien:
yo entonces replico: sois mal caballero...
y... y dije mi nombre!

JUAN. (*Con entusiasmo.*) Dijiste muy bien!

ALF. Despues el cobarde con dura fiereza
me dice: tu nombre me basta, traidor,
veré en el cadalso rodar tu cabeza,
tu nombre me basta, seré el delator.

JUAN. Infame bandido! Y entonces qué hiciste?
Por qué de tus manos dejaste escapar
la presa altanera que bravo venciste?

Por qué la dejaste?

ALF. No sé asesinar.

JUAN. Bien dicho, mi Alfredo; si tú eres mi hijo,
si tú eres mi sangre que siento ahora hervir,
tú cómo pudieras?...

ALF. Mas luego me dijo:
vos sois un valiente, me quiero batir.
Y al fin esta noche batirnos sabremos.
Ay! Cuánto deseo la noche, mi Dios!
Que lleguen las doce y al campo saldremos.

JUAN. Mas para batirnos saldremos los dos.

ALF. Iré yo tan solo, ceded á mi ruego,
y aqui valeroso mis triunfos traeré.
Qué hiciérais ¡oh Padre! si al fin estais ciego?

JUAN. (*Con abatimiento.*)
Razon tienes, hijo, de nada valdré.

ALF. (*Con misterio.*)
Pues ese que anhelo mirar frente á frente
fue aquel que en un dia ¡infame traicion!
manchó vuestras canas y á una hija inocente,
á una hija que amábais...

JUAN. Enrique Giron?

ALF. El mismo.

JUAN. Y pudiste calmar tus enojos?
Y no te esforzaste mi injuria á vengar?
Si yo no tuviera cerrados los ojos
mi rabia en su sangre lograra saciar.

ALF. Yo debo vengaros.

JUAN. Me mata el coraje.

ALF. Dudais de mi brazo, dudais aun de mí?
Me pide venganza, señor, vuestro ultraje...

JUAN. Pues bien, la venganza la exijo de tí.
Mas dime... esa hija... acaso no viste...
soy padre... y... ha muerto?... lleguela á adorar...

ALF. (Qué digo? Engañarlo.)

JUAN. Respóndeme.

ALF. Existe.

JUAN. Existe?... Pues de ella no vuelvas á hablar.
(Mi frente se abrasa, que quema parece...
ay! cuánto la amaba... y al fin el traidor...
mas ¡cielos! si á Alfredo... sí...)

ALF. (Cuánto padece!

Si dicho le hubiera que ha muerto!...) Señor,
sentaros quereis?...

JUAN. Sí, siéntame, hablemos
del pueblo y sus glorias, estate tú aqui;
asi con sus triunfos tal vez sonreiremos.
Qué dice ese mundo? qué se habla por ahí?
Del triste proscrito cesar debe el lloro?
Vendrán dias felices de aquestos en pos?

ALF. Hoy al ministerio subió Valdemoro.

JUAN. Subió Valdemoro! Lo siento por Dios.

ALF. Pues ese es el padre, señor, de María...

JUAN. De aquella que te ama con cándido afan?
Ay! cuánto te obstinas, fatal suerte impía;
tras horas de llanto mil llantos vendrán.

ALF. Por qué esos temores?

JUAN. Allá en otra tierra
con él me ligaba constante amistad,
y cuantos placeres el mundo nos cierra
con él dulcemente gocé en otra edad.
Crecimos en años, y aquel sentimiento
tambien con nosotros al paso creció,
y al cielo le plugo luciera un momento
que goces y amigos por siempre eclipsó.
Entonces mi suerte fatal empezara,
mis bienes, mis rentas las vi confiscar,
y nuestras cabezas el hacha amagara,
y nuestras cabezas quisimos salvar.
Huir fue preciso; mas dónde esconderse?
Adónde? á la corte, alli entre el tropel,
mintiendo los nombres, bien puede perderse
quien siempre á las glorias de España fue fiel.
Subió Valdemoro, y yo al punto cedo;
la suerte lo manda, lo quiere asi Dios.
Aqui está en mi pecho, recórrelo, Alfredo,
(*Dándole un papel.*)
hé aqui el juramento que hicimos los dos:
«No hacernos la guerra pesara al destino;
si alguno un gran puesto llegaba á ocupar
al otro enseñarle su mismo camino,
y al fin á su lado lograrlo sentar.»
Hoy él se halla en alto, yo triste y proscrito;
mas para humillarlo no he de combatir:

tampoco arrastrarme servil necesito,
(*Con dignidad.*)
ni nada á mi amigo llegarle á pedir.
Ahi tienes la historia...

ALF. (*Devolviéndole el papel.*) Mas del juramento
habráse olvidado?

JUAN. Esa es la verdad.
Cual átomo leve que pasa en el viento
asi pasa á veces la eterna amistad.
Mas cese por hoy, se abrasa mi frente,
y siento con fuerza mi pecho latir.
A Dios, hasta luego; revuelve en tu mente...
(*Retirándose.*)

ALF. Quereis que os ayude?...

JUAN. No, yo puedo ir.

ALF. (Cuán débil se encuentra!)

JUAN. Mas luego al marcharte,
antes de que salgas á hundir al traidor,
que vayas á verme; pues quiero abrazarte,
y alli entre mis brazos... prestarte valor.

ESCENA III.

ALFREDO.

Sí, necesario es vencer:
alienta, dulce esperanza,
que al cabo con la venganza
cesará mi padecer.
Y esa venganza es precisa;
iré á buscarlo, y despues...
mas pasos siento... quién es?

ESCENA IV.

ALFREDO. LUISA.

LUISA. Quién tiene de ser? Luisa.

ALF. Cuánto me alegro de verte!

LUISA. Y yo me alegro por Dios
de encontrarme aqui con vos,
y gracias doy á la suerte.

:

Que á no hallaros...

ALF. Y María?

LUISA. La encuentro siempre llorosa;
de aquella faz tan hermosa
huyó el brillo y lozanía.
No es ya aquel tallo gentil
de blanca, hermosa azucena
que de ámbar el viento llena
en las mañanas de Abril.
Ya no es el cisne divino
que baña sus blancas plumas
en las rizadas espumas
del arroyo cristalino.
Ella en los vasos de amor,
vasos de sabrosa miel,
bebió tan solo la hiel
de las heces del dolor.
Si mis consejos siguiera,
que á menudo se los doy,
yo le juro por quien soy
que de ese estado saliera.
Hay mas que con vos correr,
marcharse fuera de España?...
Porque en una tierra estraña
tambien se puede querer.
Vos no juzgais como yo?

ALF. Mas si se opone el destino...

LUISA. En emprendiendo el camino
ya el destino se burló.
De decírselo estoy harta,...
mas no hago mas que cansaros,
y vine aqui solo á daros,
señor artista, esta carta. (*Se la da.*)

ALF. Cuánto te debo, Luisa!
No sé con qué agradecer
tanto favor...

LUISA. Con leer;
aunque es carta muy concisa.
Solo dice, yo lo vi:
«Don Enrique, Arturo mio,
me habló de tu desafio
y estoy temblando por tí.

No vayas, cede por Dios,
calma mi dolor insano,
que pese al mundo tirano
huiremos juntos los dos.
Tú me darás la alegría
que robaron los demas,
y no te olvides jamas
que es siempre tuya... María.»
Mas triste os habeis quedado.
No entiendo ese sentimiento,
yo pensé veros contento
al admirar su cuidado.
No me quereis esplicar
las causas?...

ALF. De tantos males?
Sí, que hay destinos fatales
capaces de asesinar.
Ahora que dice María
ven, contigo quiero huir,
ahora ha empezado á lucir
la triste fortuna mia.
Una palabra empeñé,
palabra de caballero,
darle cumplimiento espero,
y juro la cumpliré.
Y ese Enrique, vive Dios
que pese á la suerte impía
debe morir.

LUISA. Y María?

ALF. Huiremos luego los dos.
Cuando pueda presentarme
ante ella con alta frente,
y mi corazon doliente
cese ya de atormentarme.
Que eso prometió mi amor
á un padre ciego y postrado,
y no volveré á su lado
sino está limpio mi honor.
Di, que aunque vencer espero
y ya la victoria miro,
suyo es mi último suspiro
si yo por desgracia muero.

Y al mirarme en la agonía
suyo será el pensamiento,
y entre las alas del viento
pondré la voz de «María.»
Y júrala por mi fé
que si desde ese alto cielo
amar se puede este suelo,
desde allí la adoraré.
Júrala...

LUISA. Callad por Dios,
y esa idea no os devore.
Quereis que yo tambien llore?
Hemos de llorar las dos?
Pensad en ser venturoso,
que va á estar en vuestros brazos,
y unidos por firmes lazos
sereis por siempre dichoso.

ALF. Tú alimentas mi pasion;
pensaré tan solo en ella,
hermosa y luciente estrella
de ventura y salvacion.
Di que vengaré mi ultraje,
y afírmalo de seguro,
pues que mi pecho es un muro,
diciéndolo está el coraje.
Dile tambien...

LUISA. Mas cuidad
que Enrique es mal caballero,
es hombre de mal agüero,
y hará tal vez...

ALF. No, en verdad.
Yo necesito vencer,
y venceré por quien soy.

LUISA. Se pasa el tiempo, y me voy...

ALF. Espera.

LUISA. No puede ser.
Si estoy un momento mas
la conciencia me remuerde...
la diré lo que me acuerde,
y yo pondré lo demas.

ALF. Vé con Dios.

LUISA. Y él os asista.

ALF. Feliz tú que vas á verla.
LUISA. Y vos vais... á poseerla...
Quedad con Dios, el artista.

ESCENA V.

ALFREDO.

No, no hay que vacilar, es necesario
ó vencer, ó morir; luzca en buen hora
el momento fatal y funerario
que robe al pecho la muger que adora.
Pero... ya me olvidé de que á la entrada
me dieron una carta... cuál domina
de muerte el pensamiento... mas cerrada...
y es la letra ¡gran Dios! de Carolina!
Sí, sí, no hay que dudar!... en vano... es cierto!
ay! cuánto padecer! cuánto al abrirte!
Hermana, tú que por desgracia has muerto
de nosotros vendrás á despedirte.
Yo tambien moriré: contigo, hermana,
me iré á juntar, y desde el cielo fijos
miraremos á un padre, que mañana
muertos debe llorar á entrambos hijos.
Mas quema este papel... arde mi mano,
y un pensamiento en mi cabeza zumba;
vendrá á pedir á un padre y á un hermano
un suspiro tal vez para su tumba.
Y mi padre, gran Dios!... debo mirarte...
valor... (*Lee para sí.*) pero... qué miro! Carolina!
tú vives, y él trató de asesinarte...
Enrique sin piedad, alma mezquina!
(*Pausa.*)
Cuál rebosa en mi pecho la alegría!
Vive mi hermana á la que ciego adoro!
ya si mi suerte se presenta impía,
tú secarás de un padre el triste lloro.
Al fin te vuelvo á ver!... mas... justo cielo!
y ese traidor que asesinarte quiso?
No tendré una hora solo de consuelo
si su miseria con mis pies no piso.
Solo anhelo vencer, vencerlo quiero,

y en sus horas fatales de agonías
gritarle con placer: mal caballero,
vive esa hermana á la que hundir querias.
Satisfecha está ya tu accion villana;
tú quisiste robar la vida suya,
y en cambio de esa vida de mi hermana
necesitaba yo tomar la tuya.
No hablaré hasta que llegue ese momento
de la que muerta juzgas en tu engaño,
que eres un buitre de matar sediento,
y cebarte pudieras en su daño.
Pero vamos á ver al padre ciego,
y á decir que es preciso la perdone;
ella debe llegar aqui muy luego,
y es necesario hacer no la abandone.
(*Aparece Enrique en la puerta del fondo.*)
Luzca pronto la noche de esperanza,
porque un padre, una hermana y mi María
me estan pidiendo á voces la venganza...
y vengados serán por vida mia.

ESCENA VI.

ALFREDO. ENRIQUE.

(*Al dirigirse Alfredo á la habitacion de su padre, encuentra á Enrique cruzado de brazos y apoyado en la puerta del fondo.*)

ENR. Mucha esperanza de vencer os ciega.
ALF. Qué quereis vos, traidor?
ENR. Ver ante todo
si á aquel que amigo á visitaros llega
recibírsele debe de ese modo?
ALF. Mas aqui, qué quereis?... el asesino...
(Pero... no es tiempo ¡oh Dios!)
ENR. Seguid hablando;
á tomar empezásteis un camino
que me divierte á fé... Seguis callando?
Lo apruebo eso tambien.
ALF. Vais á escucharme,

pero venid.
(*Lo lleva al otro lado de la habitacion del padre.*)
Pensásteis que faltara
á la cita tal vez, ó que esperarme
tuviérais... respondedme cara á cara:
Bajais los ojos? Humillais la frente?
Levantadla, traidor, del cieno inmundo,
solo os hallais aqui con un valiente,
y ha muerto ya para los dos el mundo.
Decidme á qué venís.

ENR. (*Inalterable.*) Tan solo vengo
para ver si el valor no os abandona;
porque vais á luchar, os lo prevengo,
con un valiente á quien su sangre abona.
Noble soy en verdad, y mi nobleza
no podrán desmentirla mis acciones;
pues ostento orgulloso mi cabeza
donde ostentan los grandes sus blasones.

ALF. Vos? vive Dios! y os atreveis á hablarme
diciéndome altanero que sois noble,
cuando tan solo aqui podreis mostrarme
alma de estuco y corazon de roble?
Es noble el que un puñal toma en la mano,
y con alma en el crimen embebida,
y con cobarde corazon villano
osa de una muger robar la vida?
Es noble aquel que falta á su decoro
por los medios traidores de hombres viles?
Es noble aquel que se vendiera al oro
con pensamientos bajos y serviles?
Humillad ante mí vuestra cabeza,
porque no hacen á un noble sus blasones,
que se encuentra tan solo la nobleza
aqui en el corazon, y en las acciones.
El vuestro, criminal, se ha envilecido,
y cuando el aire con mi espada vibre,
yo os haré ver, cobarde fementido,
que es grande y noble el corazon de un libre.

ENR. Siento en verdad el veros tan ufano
cuando una muerte próxima os espera,
cuando habeis de rendiros á mi mano
mal que le pese á la creacion entera.

Y fuérais vos, sin que esto á mí me cuadre,
buen defensor del pueblo asaz precito,
y obtendriais... el honor de vuestro padre...
bajo arrastrarse como vil proscrito.
Y vos fuérais á mas...

ALF. Tened la lengua,
que ese es el fin de aquel que traidor fuere;
jamas el libre sufrirá tal mengua,
que nunca es vil quien por el pueblo muere.
Y esa gran libertad con que soñamos,
anhelando llegar á poseerla,
esa voz libertad, que tanto ansiamos,
no teneis alma vos para entenderla.
Mas basta ya; decidme con qué intento
me vinisteis á ver.

ENR. Ya se conoce...
Quiero batirme al punto.

ALF. En el momento.
No esperaremos á que den las doce.

ENR. Ya he cansado bastante mi paciencia;
pues que no vine aqui para escucharos;
quiero solo arrancaros la existencia;
vine tan solo aqui para mataros.

ALF. Pues ved cómo ha de ser... Mas no son nada
los insultos á vos?... En vuestro aprecio...

ENR. El insulto es aqui palabra aislada,
y esas yo las perdono, ó las desprecio.

ALF. Venid á despreciarlas.

ENR. Insensato,
que creiste en tu estúpida demencia
que yo me iba á esponer... al desacato
de entregar en tus manos mi existencia.
Al salir de la casa de María,
yo, Lara, yo mandé quien os siguiera,
y quiso al cabo la fortuna mia
que á do estabais por fin, despues supiera.
Fuí entonces, proscrito, á delataros,
pues vivir para vos es fiero yugo,
y antes que yo mancharme con mataros,
quise manchar el hacha del verdugo.
Preparada está ya; no creais que es falso,
tan solo falta allí vuestra cabeza,

y al subir á la cumbre del cadalso...
entonces me hablareis de la nobleza.

ALF. *(En el esceso de la desesperacion.)*
Ira de Dios! El delator infame
debe morir al golpe de mi acero,
y antes que el mundo delator os llame,
vuestra sangre infernal beberme quiero.
Pensad solo en morir, no hay mas camino,
dejad que ciego en mi venganza goce;
pues fuisteis delator, seré asesino,
aunque pise mi honor y lo destroce.
Mas no puedo juzgaros tan vilmente,
no puede ser, y os digo, aunque os asombre,
que para delatar traidoramente
es preciso ser fiera y no ser hombre.
No lo puedo creer.

ENR. Pues no dudarlo.
El patíbulo solo es vuestra suerte,
y á él habeis de subir.

ALF. *(En ademan de sacar la espada.)*
Mas al tocarlo
ya habreis pagado vos con vuestra muerte.
Morid...

(Enrique se retira al fondo, dirige una mirada á la puerta, y queda sonriendo.)

Pero la espada se resiste...
Yo no sé asesinar... sacad la vuestra...
ó á devorar...

ENR. No sabes lo que hiciste...
De tu honor, infeliz, esta es la muestra.
Vil asesino, que traiciones labra,
arrástrate á mis pies.

ALF. Callad, tirano;
(Lo coge fuertemente del brazo, amenazándole con el puñal.)
si á proferir osais una palabra,
os hundo mi puñal hasta mi mano.

ENR. Soltad.

ALF. No soltaré.

ENR. Pues bien; Ricardo!

(Enrique habrá procurado llevar á Alfredo hasta la misma puerta del fondo. En el instante de llamar,

Ricardo con otros cuatro sujetan á Alfredo cogiéndole la accion y lo amenazan con sus puñales.)

ALF. Asesino!

RIC. (*Desarmándole.*) Entregaos á los aceros.

ALF. Soltad, y uno por uno aqui os aguardo.
Atrás, turba infernal de bandoleros.

ENR. Os vencimos.

ALF. Traidor, y haceis alarde?...
Y mi padre, y mi hermana, y mi María
(*Con horror.*)
cuando sepan ¡oh Dios! que fui cobarde,
que morí sin vengarlos!

ENR. (La alegría
en el alma rebosa.)

ALF. (*Con dignidad.*) Don Enrique,
escuchad: fuisteis vos mal caballero;
pero pusisteis á mi audacia un dique,
y aqui... tan solo soy un prisionero.
Un favor pues os pido.

ENR. Cuál sepamos,
que es necesario que á mi antojo cuadre,
y ni un minuto por aqui perdamos.

ALF. Escribir dos palabras á un buen padre.

RIC. (*Bajo á Enrique.*)
No cedereis, señor.

ENR. (*Alto.*) Mas he de verlas.

ALF. Como querais.

ENR. Marchad en el momento.

(*Alfredo llega á la mesa y escribe; dos de los esbirros le acompañan.*)

RIC. Pero...

ENR. No ves que al cabo he de leerlas?

RIC. (*A uno de los compañeros.*)
En la puerta estarás de ese aposento.
Tú... (*A otro, señalando la del fondo.*)

ENR. (*Bajo á Ricardo.*)
A la carcel le llevas cual sabias,
pues yo voy á activar mi cometido.

RIC. Y cuánto vivirá?

ENR. Solo tres dias,
y en el cadalso...

RIC. Morirá...

ALF. (*Retirándose de la mesa.*) He concluido.
JUAN. (*Desde adentro.*)
Alfredo!
ALF. Padre!
ENR. Al punto.
ALF. Pero dadme...
JUAN. (*Adentro.*)
Alfredo!
ALF. (*Desesperado.*) Por piedad!!
ENR. Aunque el Eterno...
Arrastradlo á mis plantas.
(*Lo llevan por fuerza.*)
ALF. Arrastradme;
pues sois un monstruo que abortó el infierno.
(*El teatro permanece solo algunos instantes.*)

ESCENA VII.

DON JUAN.

Alfredo!... Ya no está aqui;
pues me pareció escuchar...
se fue sin irme á abrazar;
yo tuve la culpa, sí.
Pero con su triste empeño
que tan cerca me tocaba,
á fe que necesitaba
la paz y quietud del sueño.
Mas una duda cruel
destroza mi pecho triste:
acaso Alfredo no existe!
La suerte le ha sido infiel!
Pero no, tiene valor;
alienta, dulce esperanza,
pues logrará su venganza,
satisfaciendo mi honor.
Sí, sí, no puedo dudarlo;
él es mi sangre, es valiente,
y no doblará su frente
sino despues de matarlo.
Pero y si el otro le opone
bajos medios de hombres viles,

que á cortesanos serviles
no hay nada que los abone?
Entonces perderé dos,
entonces al traidor cedo
dos hijos que adoro...

ESCENA VIII.

DON JUAN. CAROLINA.

CAR. (*En la puerta del fondo.*) Alfredo!
JUAN. Quién? (*Volviendo la cara.*)
CAR. Es mi padre! gran Dios!
Padre mio! (*Arrojándose en sus brazos.*)
JUAN. (*En el esceso del placer.*) Mi hija amada!
Mi Carolina, mi bien!...
Pero... quién eres tú?... quién?
CAR. Soy una hija desgraciada,
que ahora se juzga feliz
por hallarse en vuestros brazos.
JUAN. Jamas; nuestros santos lazos (*Soltándola.*)
rompió un funesto desliz.
Retírate...
CAR. Padre amado...
JUAN. No te conozco.
CAR. Por Dios!
JUAN. Nunca; entre nosotros dos
un muro se ha levantado.
CAR. Mas ya que os hizo la suerte
olvidar tan dulce lazo,
dejadme que os dé un abrazo,
y venga luego la muerte.
Mas... Ciego estais, padre mio!
JUAN. Retírate, Carolina,
tu accion villana y mezquina
me condujo al desvarío.
Lágrimas vertí al no verte,
que mis ojos se llevaron,
pero aun mas que derramaron
derramaran por perderte.
Siempre tu padre te dijo
que eras su bien, su tesoro;

pero faltó tu decoro,
y tu padre te maldijo.
Retírate pues.

CAR. Jamas!
Sin vuestro perdon?

JUAN. Sí á fé,
jamas te perdonaré,
que tú me hiciste...

CAR. Esto mas!
Yo lavaré ¡triste suerte!
la mancha de aquel traidor.

JUAN. Las graves manchas de honor
las lava solo la muerte.

CAR. Al cabo lo hará mi llanto.
Decid sacrificios... uno.

JUAN. No hay sacrificio ninguno
que pueda llegar á tanto.
Morir tan solo.

CAR. Pues bien.
(*Se arrodilla.*)
Perdonadme, alegre muero.
Ya vuestro perdon espero.
Dadme la muerte tambien.

JUAN. Darte la muerte, hija mia?
Levanta y no me hables mas.
(Cuánto padezco!)

CAR. Jamas.
Aqui estaré noche y dia.

JUAN. Levanta. (*Lo hace.*)

CAR. Mas no guardais
recuerdos de aquel amor
que me tuvisteis, señor?
De nada ya os acordais?
Cuando tanto padecí
me olvidó vuestra memoria!
Quereis que os cuente?...

JUAN. Tu historia?
al cabo la oiré.

CAR. Vencí.
Porque cuando sepais vos
mis desgracias... dejaré
todo lo que yo pasé

al separarnos los dos.
Huí con Enrique el infiel,
y un sacerdote bendijo
nuestro casamiento, y dijo:
ámalo, cual te ama él.
Feliz al verme casada,
llena de orgullo mi mente,
pude levantar mi frente
abatida y humillada.
Entonces mi pensamiento,
pongo por testigo á Dios,
era hallaros, y que vos
viéseis mi arrepentimiento.
Mas nunca quiso acceder
Enrique, y en el altar
cuando le juré adorar,
tambien juré obedecer.
Cuán tarde lo conocí!
y que era solo un traidor
pueden decirlo, señor,
las lágrimas que vertí.
Y en un dia, dia terrible,
me profirió estas palabras:
«Tú que mis pesares labras
haces mi dicha imposible.»
Yo entonces le dije...

JUAN. Infame!

CAR. Nunca podrá suceder,
y antes que asi llegue á ser
muerte vergonzosa dame.
Y una tarde por mi mal
al campo juntos salimos,
y apenas lejos nos vimos
lució mi sino fatal.
Con ojos torvos miró
mi frente humillada al suelo,
y dijo: piensa en el cielo,
tu último instante llegó.
Y asiéndome con su mano
me dijo bramando de ira:
creiste que te amé?... mentira,
yo soy tan solo un tirano.

Me estorbas para ascender;
pues voy á casarme ahora
con quien para mí atesora
honor, riqueza y poder.
Inútil fue mi despecho,
y con sonrisa infernal
blandió su aleve puñal,
que hundió despues en mi pecho.
Caí al suelo sin señales
de vida, y él...

JUAN. Asesino,
tal vez hallarás camino
para pagar tantos males.

CAR. Allí despues me encontró
un hombre que me acompaña,
y me llevó á su cabaña,
y de mi vida cuidó.
Y tambien lo traigo aquí,
porque si á encontrar llegara
á aquel que me asesinara...
quiero declare por mí.
Mirad pues el alto bien
que ocasionó mi ruina...
Me perdonais?

JUAN. Carolina,
abraza á tu padre, ven.

CAR. Cuál el corazon se ensancha!

JUAN. Cuánto lloré tu desliz!
Pero me juzgo feliz,
pues ya lavaste tu mancha.

CAR. Mi padre! (*Volviendo á abrazarlo.*)

JUAN. Mi hija querida.

CAR. Pero... y mi hermano?

JUAN. Gran Dios!...
Tal vez lloremos los dos
dentro de poco su vida.

CAR. El qué decís? Me estremezco
solo al pensarlo.

JUAN. Sí á fé;
que tal vez lo perderé...
No sabes cuánto padezco!

CAR. Pero decidme, señor,
por qué ese dolor profundo

ahora os inquieta?...

JUAN. En el mundo
no falta nunca un traidor.
Adoras tú todavía
á ese hombre que te infamara,
á ese hombre que te olvidara?...
Responde al punto, hija mia.

CAR. Yo á mi asesino adorar!
No lo penseis, padre mio,
pues su funesto desvío
me hizo su amor olvidar.
Quisiera solo...

JUAN. Pues oye:
ese que fue tu destino,
que luego fue tu asesino
y que la piedad desoye,
ese... que nombrar no puedo,
por mas que en mi mente pese,
no sabes tú quién es ese?
el asesino de Alfredo.

CAR. Cielos!

JUAN. No lo dudes, no;
van á reñir á las doce,
y Alfredo no lo conoce,
y á Alfredo tal vez vendió.

CAR. Pero un sombrero hay allí.
(Señalando á la mesa.)

JUAN. Qué dices?

CAR. No habrá salido.

(Llega á la mesa, y ve el papel que escribió Alfredo.)

JUAN. Quizás el pobre afligido
se haya marchado...

CAR. Ay de mí!
Gran Dios!

JUAN. Carolina!

CAR. Padre!

JUAN. Qué significa ese llanto?

CAR. Nada.

JUAN. Dime tu quebranto,
aunque á mi dolor no cuadre.
Dime al momento...

CAR. Por Dios!

JUAN. Acércate, ven aquí.

CAR. Pero qué es lo que leí?
JUAN. No estamos solos los dos?
CAR. Este papel!...
JUAN. Qué?...
CAR. No son
cosas de vos.
JUAN. Tú has mentido.
Entrégalo.
(*Lo hace involuntariamente Carolina.*)
CAR. Me he perdido!
JUAN. Mas... soy ciego! maldicion!
(*Llevándoselo á los ojos, y separándolo con desesperacion.*)
CAR. (Qué debo hacer, justo cielo!
engañarlo?)
JUAN. Carolina,
ese silencio asesina,
dame tan solo un consuelo.
CAR. (Tan jóven y ya morir,
y morir en el cadalso!)
JUAN. Dime tú por Dios que es falso
cuanto me llegué á fingir.
...Ha muerto? (*Con horror.*)
CAR. No.
JUAN. Por piedad...
CAR. Pero dadme ese papel.
JUAN. No, Carolina, con él
iré á saber la verdad.
CAR. (*Queriendo disuadirlo.*)
Solo contiene, señor,
asi... un triste pensamiento...
quereis vaya en un momento
á averiguarlo mejor?
(Asi podré verte, hermano:
pero morir... ay de mí!)
JUAN. (Bien puedo decir que si,
que está el secreto en mi mano.)
Sí, vete al punto, hija mia;
averígualo al instante,
que aqui espera un padre amante
sumergido en la agonía.
Corre, vuela, en el momento.
CAR. Abrazadme, padre mio.

Quedad con Dios.

JUAN. Desvarío,
no sé los males que siento.

(*Queda con la mayor atencion oyendo los pasos de Carolina.*)

ESCENA IX.

DON JUAN.

Carolina!... ya se fué;
me encuentro solo ¡ay de mí!
mas tengo un papel aquí,
y lo que dice no sé!
Ay! que parece de fuego,
porque el corazon traspasa,
y aquí en mis manos abrasa...
solo ¡gran Dios! por ser ciego!
Maldicion!... venda espantosa
que cubres mis ojos tristes,
ya mi despecho no vistes
y mi desgracia horrorosa?
Me quieres asesinar?
Quieres que muera antes que él!...
Pero... qué dices, papel,
que solo puedo tocar?
Ay! Qué horrible situacion!
querer mirar y no ver,
y asi sentirse caer
desgarrado el corazon!
Mas nada tengo perdido.
Al pueblo iré á suplicar
y lograré declarar
lo que aqui se halla escondido.
Estoy resuelto; sí, iré
por mas que mi mal lo impida...
y sea mi muerte ó mi vida...
mi muerte ó vida sabré.

(*Titubeando y en la mayor agitacion, sale por la puerta del fondo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.



Decoracion del acto segundo.

ESCENA PRIMERA.

ALBERTO. DOS HOMBRES DEL PUEBLO.

HOMB. 1.° Contestar á esa traicion
con otra traicion es duro;
Alberto, yo te aseguro
que es muy villana esa accion.

ALB. Villana dices, pardiez?
Siento que pienses asi,
y yo te sostengo aqui
que te engañaste esta vez.
Cómo se paga á un mezquino
que se hace vil delator?
No es ese crimen mayor
que ser ladron y asesino?
No lo dudes.

HOMB. 2.° Y no vale
Alfredo, por vida mia,
mas que una atroz villanía,
aunque á esa traicion iguale?
O es que tú tiemblas?

HOMB. 1.° Temblar?
Y eso pudiste creer
del hombre que estuvo ayer
su sangre por derramar?
Formar planes no me vió?

Y no le dije mil veces,
Alfredo, si tú pereces
contigo moriré yo?
No quise salvarlo?

ALB. Bien.
Todos queremos lo mismo,
mas hay antes un abismo...

HOMB. 1.° Que venceremos tambien.

ALB. Necesario es proceder,
como sabeis, con cautela,
mas tambien el tiempo vuela
y no se puede perder.
De Enrique la delacion, (*Muy bajo.*)
por mas que al rey adulara,
supe que le disgustara,
que al cabo es una traicion.
Yo al saber esa noticia,
y de ese Enrique villano
el proceder inhumano,
ya quise obrar con malicia.
Entonces busqué á Ramon,
y le hice que me entregara
los pliegos donde se hablara
de nuestra conspiracion.
Aquellos que habia firmado
don Enrique, al prometer
que teniamos que vencer,
los separé con cuidado.
Llevélos al punto al rey,
y le dije: «aunque mal obre,
para el rico y para el pobre
debe haber la misma ley.
Alfredo se encuentra hoy preso
por vivir con nombre falso,
y va á subir al cadalso,
y rápido va el proceso.
Mas Enrique el delator,
que conspira, esto testigo,
que se vendió vuestro amigo,
qué pena tiene, señor?»
El rey entonces dudó
de la verdad de mi aserto,
y yo me juzgué por muerto,

pues vi que se estremeció.
Mas despues de mucho hablar
los papeles me retira,
y que ellos no son mentira
tenemos que ir á probar.
Eso falta nada mas,
y tal vez lo salvaremos,
con que al momento...

HOMB. 1.° Ya iremos,
pero antes quiero...
(*Señalando á la habitacion de don Juan.*)

ALB. Jamas!
Si le hablamos, tú bien ves
que quizás su vida acabe,
pues ya el desgraciado sabe
que hoy muere su hijo á las tres.
Hagamos la acusacion
de ese hombre, que ver no puedo;
si no salvamos á Alfredo,
vengaremos su traicion.

HOMB. 2.° A mí me dió este papel
para el padre... es despedida...

ALB. (*Arrebatándoselo.*)
No lo darás en tu vida.
Mas pasos suenan... es él.

ESCENA II.

DICHOS. DON JUAN.

JUAN. Quiénes me buscan aqui?

ALB. Vuestros amigos.

HOMB. 2.° Es cierto.

JUAN. Ven á mis brazos, Alberto,
compadécete de mí.
Si estoy durmiendo deliro,
si estoy despierto me aterra
un pensamiento que encierra
el bien supremo á que aspiro.
Qué padecer tan impio!
Y no poder abrazarlo,
y no poder ¡ay! salvarlo
dando por su cuello el mio!
Desgracia que me asesina!

ALB. Lo salvaremos nosotros,
iremos al fin...

JUAN. Vosotros?

ALB. Nos ayuda Carolina.

JUAN. No me alenteis mas por Dios:
muere á las tres de seguro;
pero yo, Alfredo, te juro
que moriremos los dos.
(*Cubriéndose el rostro con las manos.*)

ALB. Mas... qué hora ha dado?

HOMB. 2.° La una.

ALB. Vive Dios! y aqui gimiendo
las horas vamos perdiendo
sin deber perder ninguna.
Id al momento, corred,
buscad á nuestros amigos,
y que sean los testigos
allá en palacio, y volved.
Ahora dejarlo no puedo;
mas no perdais un instante,
pedid con llanto incesante
la hermosa vida de Alfredo. (*Salen.*)

ESCENA III.

DON JUAN. ALBERTO.

JUAN. La vida de mi Alfredo! Y tú quién eres?
vas á matarlo tú? Si tal supiera,
vive Dios, que esa hazaña que refieres
con mi furia infernal te devolviera!
Quién eres tú?

ALB. Señor, yo soy Alberto,
vuestro amigo mayor, el que os adora,
el que quisiera ver su pecho abierto
por robaros la pena que os devora.

JUAN. (*Recordando.*)
Alberto... sí, mi amigo... mas responde:
dónde está el hijo que mi pecho ansía?
dónde mi Alfredo está que asi se esconde
desoyendo la voz de mi agonía?
Cierto es que va á morir?... voces estrañas
aqui lo dicen...

ALB. (Infeliz! Delira.)

No morirá, señor.

JUAN. Y tú me engañas.
Dices no morirá, dices mentira.
Mira mi rostro ciego, asaz rugado
por las penas terribles del infierno,
toca mi corazon despedazado
por un tormento por mi mal eterno.
Oye un sueño fatal... mira... se ostenta
fantástico y fatídico á mis ojos,
mira cómo altanero me presenta
ancho erial de espinas y de abrojos.
Escribe en un papel que va á la muerte,
llego á saber lo que el papel decia,
y al execrar mi maldecida suerte
la esperanza falaz me sonreía.
Lo salvaré tal vez! grito orgulloso;
entre el miedo y placer sigo luchando,
y emprendo ese camino proceloso
charcas de sangre por do quier pisando.
Nada me arredra, nada, él es mi hijo,
es mi sola esperanza, es mi tesoro;
pero Dios desde el cielo me maldijo
la única prenda que en el mundo adoro.
Me junto á mis amigos, y llorando
fuimos á ver al rey; perdon pedimos,
las súplicas al cielo levantando,
y de rodillas á sus pies caimos.
Mas no oye nuestro llanto, no lo aterra
ver á Dios elevadas nuestras manos...
porque hay reyes mezquinos en la tierra
que en lugar de ser reyes son tiranos.
Encapota la noche el firmamento,
y ostenta el rayo su voraz grandeza,
silba oprimido en su caverna el viento,
y el trueno bramador en mi cabeza.
Se oyen sonar los gritos de «traidores,»
se oye execrar al delator infame,
y oprimido entre penas y entre horrores
digo iracundo á Dios: «la muerte dame.»
Súbito entonces á calmar mi lloro
viene un recuerdo de mi mal testigo,
y me repite un nombre «Valdemoro»
mezclado con el nombre de «mi amigo.»

Todo es sosiego... y luz: el sol brillante
desterró la tormenta destructora,
y en su carro magnífico y triunfante
brindando paz se apareció la aurora.
Alienta el pecho, á Valdemoro llego,
y un juramento, que los dos hicimos,
le presento por fin, y lloro y ruego
recordando la fé que prometimos.
Mas... ¡oh rabia! el traidor, el fementido,
con ojos torvos y sonrisa necia
no estiende su poder á un desvalido,
y me mira orgulloso... y me desprecia.
Giron tambien me despreció! Iracundo,
como el leon cuando su presa mira,
ya era pequeño á mi furor el mundo,
y al fin le grito rebramando de ira:
vente, vil delator, que Dios maldijo,
derretiré tu corazon de cera,
que cuando lucha un padre por un hijo
tiene la fuerza de indomable fiera.
Pero... ¡suenan las tres!... corro y deliro,
busco á mi Alfredo por do quier rugiendo,
lagos de sangre por la tierra miro,
y vuelo mi destino maldiciendo.
Al sol entonce oscurecerse plugo,
perdon el pueblo sin cesar clamaba...
y ya el hacha sangrienta del verdugo
la cabeza de Alfredo separaba!!

(*Cae desplomado en los brazos de Alberto, que lo coloca en el sillon.*)

ALB. Horrible situacion! Delirio horrendo!
eco quizás de la verdad mas pura;
tal vez el rey los llantos desoyendo
haga verdad lo que su sueño augura.

JUAN. (*Levántandose.*)
Qué hora ha dado?... mas no, no me lo digas!
Alberto! Alberto!

ALB. Sosegad.

JUAN. No puedo.

ALB. Al fin se salvará... pensad...

JUAN. No sigas;
sé que hoy muere á las tres... morir mi Alfredo!

ALB. Sosegad, desgraciado; Carolina

con todo el pueblo por su vida implora:
desechad el dolor que os asesina...
JUAN. Cómo al perder la prenda que se adora!
ALB. Tal vez dentro de poco ya sepamos
la noticia del triunfo... pasos suenan...
quizás son los amigos que esperamos...
(*Yendo á la puerta.*)
JUAN. Que mas y mas mis males envenenan...

ESCENA IV.

DICHOS. MARÍA. LUISA.

ALB. Mas es María.
MARIA. Señor,
padre adorado...
JUAN. María!
MARIA. Vengo en alas del dolor
á maldecir ¡suerte impia!
nuestro destino traidor.
Ay! en vano supliqué
postrada ante el rey de hinojos,
en vano ¡oh padre! rogué,
y en vano tambien sequé
las lágrimas de mis ojos.
JUAN. Mas no hay esperanza alguna
para humillar ¡triste suerte!
nuestra funesta fortuna?
MARIA. Tan solo, padre, habrá una.
JUAN. Una? y cuál es?
MARIA. Es la muerte.
Ya que asi lo quiso Dios,
ya que su voluntad es
que venga un mal de otro en pos,
lloremos juntos los dos,
muramos juntos los tres.
JUAN. Muramos; nuestra firmeza
al cielo probar le plugo;
solo hallará fortaleza,
y al separar su cabeza
corte otras dos el verdugo.
Corramos pues, hija mia,
las horas volando van.
MARIA. Venid, seré vuestra guia.

ALB. (*Deteniéndole.*)
Qué pensais hacer, don Juan?
LUISA. No vayais por Dios, María. (*Id.*)
JUAN. Detenerme!... atroz martirio!
MARIA. Respeta, Luisa, mi amor.
JUAN. Suéltame al punto. (*A Alberto.*)
ALB. Señor,
ese funesto delirio...
LUISA. Robará á Alfredo el valor.
JUAN. No importa, no, vive el cielo,
á ese Enrique que asesina
quiero matar.
MARIA. Ni un consuelo
para mitigar su duelo!
ALB. Mas quién viene?
LUISA. Carolina!

ESCENA V.

DICHOS. CAROLINA.

(*En el momento de verla la rodean todos con la mayor ansiedad.*)

CAR. No hay remedio!
JUAN. Maldicion!
Marchaos al punto, villanos,
y dejadme entre mis manos
desgarrarme el corazon.
MARIA. Verdad terrible! morir,
separarme de mi Alfredo!
CAR. Por Dios, hermana.
MARIA. No puedo
mas que llorar y sufrir.
JUAN. Miradlo! (*Aterrado.*)
CAR. MARIA. } Padre!
ALB. Por Dios!
JUAN. Mirad cuál me llama, si;
quiero marchar hasta tí,
muramos juntos los dos.
Pero... allí hay sangre, María;
me falta la fortaleza,
mira... cayó su cabeza;

y aun no he perdido la mia!
(*Cae desfallecido en los hombros de Alberto.*)

CAR. / MARIA. } Padre!

ALB. Desgraciado!

TODOS. Cielo!

ALB. Dejad, dejad que sosiegue,
y rogad que al Señor plegue
no aumentar mas nuestro duelo.

MARIA. (*Abrazando á Carolina.*)
Hermana, hermana!

CAR. María!

ALB. (*A Carolina.*)
Mas qué hace el pueblo, señora?

CAR. Al rey en palacio implora...

ALB. Y no oye el rey su agonía?

CAR. No escucha su padecer.

ALB. Y Enrique, y su delacion,
y su atroz conspiracion?

CAR. Ya se ha llegado á saber.
Yo lo acusé de traidor,
de asesino de mi hermano,
dije su crimen insano,
y que era mi matador.
Mas no espereis que os envie
justicia nunca la tierra;
al otro débil se encierra,
y este orgulloso se rie.

ALB. Con que ya no hay esperanza!
ni aun ha de morir vengado!

CAR. No, el que nació desgraciado
solo pesares alcanza.

JUAN. Ay!

MARIA. La hora llega! (*A Carolina.*)

JUAN. Callad;
dejad, dejad que me siente;
arde cual lava mi frente...

ALB. Pero, y vuestro padre? Hablad. (*A María.*)

MARIA. No sabrá nada tal vez:
enfermo en cama y postrado
nadie permite á su lado.

ALB. Hay un consuelo, pardiez.
(*Yendo á la mesa, donde escribe.*)

TODOS. Cuál?

ALB. Dejadme.

JUAN. Necio empeño;
llorar solo es nuestra suerte,
llorar de Alfredo la muerte
cual la ha predicho mi sueño.

MARIA. Quizás se hará... mas qué digo!

CAR. (*A María.*)
No hay mas remedio que el lloro.

ALB. (*Viniendo junto á don Juan.*)
Decid, señor, Valdemoro
no fue siempre vuestro amigo?

JUAN. Lo fue en otro tiempo, sí.

ALB. No hicisteis un juramento?

JUAN. Aqui en mi pecho lo siento.

ALB. Dádmelo pronto.

JUAN. Y á ti?

ALB. Dádmelo por Dios; con él
se puede á Alfredo salvar.
Pronto.

JUAN. (*Dándoselo.*) Nos va á despreciar.

ALB. Firmad ahora este papel.
(*El que él habrá escrito.*)

JUAN. No exijas nada, no puedo,
nos va á despreciar.

ALB. No arguyo;
pero vale vuestro orgullo
mas que la vida de Alfredo?

CAR. Ceded, mi padre, por Dios.

MARIA. Podeis salvarlo.

JUAN. Locura.
Mi triste sueño me augura
que nos desprecia á los dos.

MARIA. Y qué importa?

JUAN. Suerte impia!
Es verdad... al fin consiento.

ALB. Venid pues.
(*Lo lleva á la mesa, y le ayuda á firmar.*)

CAR. Feliz intento!
Tal vez se salve, María.

MARIA. Tal vez se salve... es verdad.
Cómo el corazon alienta,
cuán orgulloso se ostenta

solo al pensarlo!

ALB. Marchad,
Carolina, pronto y bien;
sin pérdida de momento,
haced mire el juramento
y la peticion tambien... (*Se los da.*)

JUAN. Necia es tamaña porfía.

ALB. Quizás venturosa estrella...

MARIA. Tú tambien corre con ella. (*A Luisa.*)
(*Salen apresuradamente.*)

ALB. Vos, quedad aqui, María.

ESCENA VI.

DON JUAN. MARÍA. ALBERTO.

JUAN. Sí, quédate á consolar
el dolor de un padre ciego;
ven su delirio á calmar,
y de su mente de fuego
la viva llama á apagar.
Mas ya se acerca la hora!
resignacion... es mi suerte,
y aqui con furia traidora
una idea abrasadora
me habla tan solo de muerte.

MARIA. Mas hay esperanza; habrán
conseguido...

JUAN. Desvarío,
males tras males vendrán...

MARIA. Pero quién sabe?...

ALB. (Y serán
cerca de las tres, Dios mio!
y nada conseguiremos,
y todo inútil.)

JUAN. María,
ven, y juntos rogaremos,
y al Dios justo elevaremos
tu súplica con la mia.

(*Se abrazan y arrodillan: Alberto al verlos se postra tambien.*)

Y tú del cielo Señor,
que ves nuestra suerte odiosa,
calma ya nuestro dolor,

porque de un padre el amor...
MARIA. Lo iguala solo el de esposa.
Nuestra esperanza fomenta,
y desde ese hermoso cielo
manda un rayo de consuelo
para calmar la tormenta...
JUAN. De nuestro eterno desvelo. (*Se levantan.*)
MARIA. Cómo alienta el corazon!
JUAN. Sí, mas tranquilo palpita;
tengamos resignacion,
ya que es esa la ambicion
de nuestra suerte maldita.
ALB. (Se acerca el momento, sí;
solo habrá luto despues,
y el plan que yo acometí...)
JUAN. Alberto, ven hasta mí,
y abracémonos los tres.

(*En el momento de abrazarse se oyen las tres, y todos dan un grito desgarrador.*)

TODOS. Ay!
MARIA. Padre!!
JUAN. La hora fatal!
MARIA. Funesto momento impío!
ALB. Desgraciados!
JUAN. Cuánto mal
me hiciste, furia infernal...
Recíbelo tú, Dios mio.
MARIA. Traidora suerte inhumana!
No hay un consuelo?
ALB. Llorar.
Fue nuestra esperanza vana.
JUAN. Escuchar esa campana
y no poderlo salvar!
MARIA. Mas no suenan los tambores.
Lo habrán perdonado.
JUAN. No.
Son los amigos traidores,
los reyes guardan rencores
que nunca perdonan.

(*Se oye el tambor, cuyo sonido se irá perdiendo.*)

TODOS. Oh!!
ALB. Martirio horrendo y profundo!
MARIA. Ese sonido me aterra...

Alma vil de lodo inmundo...
JUAN. Y no hay justicia en el mundo?
Y no hay piedad en la tierra?
Que cese ese ronco son...
Escuchad ¡oh Dios! mi ruego;
me falta resignacion,
y quiero un rayo de fuego,
que abrase mi corazon.
ALB. Infeliz!
MARIA. Yo correré,
pese á mi acerbo dolor,
y á mi padre le diré:
si él muere, yo moriré
sin mas remedio, señor.
Estoy resuelta.
ALB. Volad.
JUAN. Sí, corre al punto, hija mia.
ALB. Allí á sus plantas rogad,
y á nuestro Alfredo salvad.
JUAN. No te detengas.
(*En el instante de salir María, entra Carolina pálida y desencajada, y la detiene.*)

ESCENA VII.

DICHOS. CAROLINA. LUISA. LOS DOS HOMBRES DEL PUEBLO.

(*Esta escena y la siguiente se conducirán con la mayor precipitacion.*)

CAR. María!
Adónde, adónde vas? funesta sima
el paso impide el corazon helando,
y por las calles viene... y se aproxima,
un torrente de sangre derramando.
MARIA. Mas no hay consuelo?
CAR. No, no hay esperanza;
pero cerrad las puertas. (*Lo hacen.*)
JUAN. Triste suerte!
CAR. Ese tambor fatídico que avanza
con su lúgubre son anuncia muerte.
ALB. (*A los del pueblo.*)
Y qué hicisteis? decid, abandonarle,

olvidar un deber?
JUAN. Prenda querida!
HOMB. 1.º Juntos pedir al rey, y amenazarle
con que era fuerza dar vida por vida.
CAR. No hay remedio.
JUAN. } MARIA. } Gran Dios!
CAR. De Valdemoro
llegué á la casa, y lo encontré postrado;
me arrodillo á sus pies, suplico y lloro,
y al fin recorre el juramento ansiado.
Salta al momento, vuela, á su salida
escuchamos las tres, tiembla cobarde,
y al ver nuestra esperanza seducida,
(*Deja de oirse el tambor.*)
me grita entre sollozos «es ya tarde.»
Mas yo lo aliento, y el tambor retumba;
huye el pueblo en tropel despavorido,
y grita Valdemoro «esa es su tumba,
corred, vuestra tardanza lo ha perdido.»
JUAN. Mas no se oye el tambor!
MARIA. Cielos piadosos!
CAR. Dadme resignacion.
ALB. Valor...
CAR. Alberto!
JUAN. No escuchais esos gritos horrorosos?
no los oigais por Dios... dicen que ha muerto.
MARIA. Ha muerto! Si, la fúnebre campana
tambien lo anuncia.
ALB. Bárbara noticia!
JUAN. Y es esta, oh Dios, tu fuerza sobrehumana?
Y es este tu poder y tu justicia?
Venid, venid á mi, y asi abrazados
corramos juntos do murió mi Alfredo
á morirnos tambien desesperados.
No os detengais, venid.
ALB. (*Conteniéndolo.*) Señor...
JUAN. No cedo.
A morir, á morir!!
VOCES FUERA. Perdon!
ALB. Quién grita?
VOCES FUERA. Perdon, perdon!
JUAN. (*Corriendo por la escena.*) Alfredo!

ALB. (*Asomándose á la ventana.*) Se ha salvado.
CAR. MARIA. } (*Abrazándolo.*) Padre!
JUAN. Hijas!
ALB. Y aqui se precipita
en los hombros del pueblo sustentado.
VOCES FUERA. Viva Alfredo de Lara!
JUAN. Gracias, cielo.
MARIA. Carolina! (*Abrazándola.*)
CAR. María!
MARIA. Ven, corramos...

ESCENA VIII.

DICHOS. ALFREDO. PUEBLO.

(*Rodean todos á Alfredo, abrazándolo en el esceso del placer.*)

JUAN. Alfredo!
ALF. Padre! Esposa! Mi consuelo!
CAR. Dejad que todos á sus pies caigamos.
ALF. (*Abrazándolos.*)
Alberto! padre! el alma se estremece
al ver las prendas de mi amor constante.
Abrazadme.
MARIA. Placer que no perece.
JUAN. Dadme la vista ¡oh Dios! un solo instante.
Mas quién secó nuestro continuo lloro?
VOCES FUERA. Paso, abrid paso.
JUAN. Quién, quién nos ampara?
UN HOMBRE. (*Entrando.*)
Esta carta me ha dado Valdemoro
para su amigo fiel don Juan de Lara.
JUAN. Venga al momento... mas leer no puedo.
(*La toma Alfredo y lee.*)
ALF. Al separarme de Carolina, que me pidió el perdon de tu Alfredo, corrí á palacio y decidí al rey á que lo firmara. Se ha salvado. Su amor y el de mi María estrecharán mas y mas los vínculos que nos unen, que jamas olvidará tu amigo *Valdemoro.*
JUAN. No me olvidaste!
MARIA. (*Abrazando á Alfredo.*)
Y nuestro amor conoces?

yo te bendigo, padre.

VOCES FUERA. Viva Alfredo!

Muera el vil delator!

VOCES FUERA. Muera!

JUAN. Qué voces?...

ALB. Preso llevan á Enrique.

(*Se arrojan todos á la ventana.*)

HOMB. 1.° Y lo pregonan.

ALB. Dadle muerte al traidor. (*Desde la ventana.*)

HOMB. 1.°, 2.° Y PUEBLO. Muera el bandido.

Vil delator! (*Tirándole los sombreros.*)

JUAN. Callad; siempre perdonan
los libres vencedores al vencido.
Corramos pues, y á Valdemoro demos
las gracias mas cumplidas.

ALB. Todos vamos.

ALF. Y alli juntos las manos besaremos
que nos dieron el bien que celebramos.

JUAN. Mas antes de partir... oye, mi Alfredo,
tu padre te va á hablar: ya perteneces
por ese amor á cuyo enlace cedo,
á esa alta aristocracia que aborreces.
Ya saliste del pueblo... irás acaso
á apostatar traidor?

ALF. Antes muriera,
antes faltara el sol en el ocaso,
y el mundo por sus ejes se partiera.
No me darán de ingrato el vil denuesto,
que soy libre, español y agradecido;
mientra esté Valdemoro en alto puesto
no será por mis fuerzas oprimido.
Mas siempre libre soy, del pueblo solo,
y siempre á los traidores despreciando,
repetiré esta voz de polo á polo,
la lealtad castellana proclamando.

(*Lo abrazan todos enagenados, y se dirigen juntos á la puerta del fondo.*)

FIN DEL DRAMA.

:reto de estado.
'ias de un coronel.
› el Veronés.
› dela tempestad.
oda improvisada.
lino el tapicero.
os solterones.
nbre mas feo de Francia.
› toledana.
glar.
tigo de una madre.
emorias del diablo.
asa con dos puertas.
'.
en bofetones.
en vedado.
sario.
por interés.
r me vuelvo.
en padre.
› de Bilbao.
vell.
y Paulina.
'ia de palo.
ı, viuda y casada.
testante.
ıa de Médicis.
ıllero de industria.
›al el leñador.
la de Belle-Isle.
elo.
ıdico y la huérfana.
to del hambre.
scripto.
ollacion de los inocentes.
›s celosos.
micos del rey de Prusia.
ıdia de Castro.
mbre de bien.
cajada.
›.
:reto de familia.
ventura de Carlos II.
linera.
'cader flamenco.
retario privado.
terna de Alby.
adena.
y nobleza.
io Perez y Felipe II.
›.
venga sus gravios.
i.
r y cobrar el cetro.
e años despues.
el novicio.
:los.
mito.
ı la cieguecita.
litarios.
a y el encojido.
ıtuecas.
ıia.
ial del Godo.
jor razon la espada.
lino de Guadalajara.
:allo del rey D Sancho.
ıja de Lanjaron.

Ango.
Angelo, tirano de Pádua.
Amor y deber.
A un cobarde otro mayor.
Adel el Zegrí.
Baltasar Cozza.
Catalina Hovar.
Chiton!!!
Doña María de Molina.
Doña Urraca.
Doña Jimena de Ordoñez.
Doña Blanca de Navarra.
Diana de Chivri.
D Rodrigo Calderon.
Dos granaderos.
Dos padres para una hija.
Elvira de Albornoz.
El desconfiado.
El hijo predilecto.
Emilia.
El astrólogo de Valladolid.
El pária.
El campanero de san Pablo.
El casamiento nulo.
El afán de figurar.
El peluquero de antaño.
El pobre pretendiente.
El hijo en cuestion.
Está loca!.
El dómine consejero.
El compositor y la estrangera.
El duque de Braganza.
El pilluelo de París.
El soprano.
El gondolero.
El castillo de san Alberto.
El ramillete y la carta.
El comodin.
El mulato.
El marido y el amante.
Fray Luis de Leon.
Funcion de boda sin boda.
Garcilaso de la Vega.
Guillelmo Colman.
Hernani.
Hija, esposa y madre.
Intrigar para morir.
Incertidumbre y amor.
Intriga y amor.
Isabel de Babiera.
La vieja del candilejo.
La politico-mania.
Mata-muertos y el cruel.
A muerte ó á vida.
La familia de Falkland.
Cain Pirata.
La Judia de Toledo.
Detras de la cruz el diablo.
Retascon.
Simon Bocanegra.
Casada, virgen y mártir.
La rueda de la fortuna.
Honra y provecho.
Los partidos.
El pozo de los enamorados.
El hijo de la viuda.
Conspirar por no reinar.
Vicente Paul.

La estrella de oro.
Los cortesanos de D Juan II.
La ocasion por los cabellos.
Los zelos infundados.
Los amoríos de 1790.
La conjuracion de Fiesco.
La cuarentena.
La pata de cabra.
La gata muger.
Lucrecia Borgia.
Luis onceno.
Los guantes amarillos.
La frontera de Saboya.
Las máscaras negras.
La espada de mi padre.
La cruz de oro.
La hermana del sargento.
Los padres de la novia.
Luisa.
La escalera de mano.
La solterona.
La cuñada.
La hija del avaro.
La hostería de Segura.
Me voy á casar.
María Remond.
Machet.
No hay mal que por bien no venga.
Ni el tio ni el sobrino.
No siempre el amor es ciego.
Padre é hijo.
Plan-plan.
Pablo el marino.
Roberto D' Artevelde.
Ricardo Darligton.
Sin nombre!
Stradella.
Teodoro.
Toma y daca.
Virtud en la deshonra.
Valeria.
Un poeta y una muger.
Una muger generosa.
Un dia de 1823.
Una y no mas.
Un artista.
Un tio en Indias.
Un liberal.
La familia improvisada.
El hombre misterioso.
Cada cosa en su tiempo.
Los independientes.
Sancho Garcia.
Mi honra por su vida.
El galan duende.
La escuela de los periodistas.
Por él y por mí.
Honoria.
El capitan de fragata.
Ella es.
Ir por lana y volver trasquilado.
La reina por fuerza.
Toó jue groma.
Viriato.
Casualidades.
Vengar con amor sus celos.
El padrino á mogicones.